

FILMS DE
AMOR

SEMILLA

50cts.

JOHN BOLES
LOIS WILSON



STAHL, John M.

SELECCIÓN DE
FILMS DE AMOR

IIIIII NÚMERO EXTRAORDINARIO IIIIII

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234·APARTADO 707·BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

S E M I L L A

(SEED, 1931)
Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por los artistas

John Boles y Genevieve Tobin

Versión literaria de C. G. SERRA

.....
EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Director Gerente:

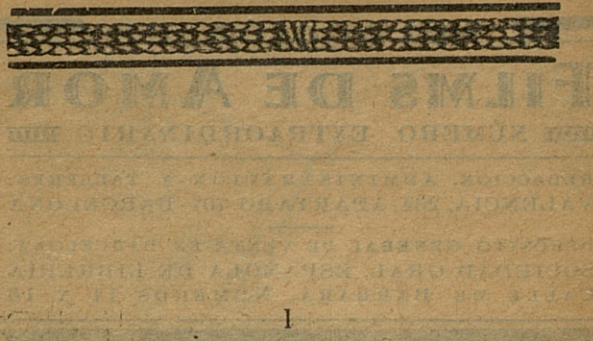
NORMAN J. CINNAMOND

Valencia, 233 Barcelona
.....

REPARTO

Mildred Bronson Genevieve Tobin
Bart Carter John Boles
Peggy Carter Lois Wilson

Argumento de dicha película



Cierto día, se presentó una bellísima joven en el despacho de la editorial Blis y preguntó por el gerente.

—¿Su nombre, si me hace el favor?—dijo la señorita que recibía el encargo.

—Mildred Brenson—respondió la joven con una sonrisa afable.

Al oír pronunciar este nombre, un empleado que se hallaba de espaldas a la recién llegada, en una mesa inmediata, se volvió rápidamente y se la quedó contemplando con visible sorpresa.

La dama no se dió cuenta de la impresión que había causado. Con ojos indiferentes, contemplaba la gran sala donde se alineaban cien mesas y se movía un enjambre de empleados. Sin querer, su mirada se posó en aquel joven sobre quien causara tanta impresión, y entonces fué ella, a su vez, la que se sintió sorprendida.

—¡Mildred! — exclamó él levantándose—. ¡Ahora sí que veo eres tú!

—¡Bart Carter! ¡Qué sorpresa!

—¿Agradable?... — preguntó él con cierta ironía al tiempo que le estrechaba la mano.

—Deliciosa, Bart—respondió ella.

La efusión con que se saludaron, denotaba que eran viejos amigos. En efecto: diez años atrás, Mildred Brenson y Bart Carter habían sido novios. Es tan corriente el hecho de que dos novios riñan por puerilidades o por cosas más graves, como, por ejemplo, la interposición de otra mujer en la vida de ambos, que la cosa no debe extrañar a nadie. Mildred y Bart habían sido novios y se habían querido, hasta que un día Bart conoció a otra mujer y se casó con ella. Cada cual siguió su vida por distinto camino, y ahora, pasados diez años, volvían a encontrarse y Mildred le tendía sin rencor sus manos amigas.

En unos cuantos segundos revivieron el tiempo pasado y rápidamente, brevemente, se dieron noticias el uno al otro:

—He estado cinco años en Europa—dijo ella—. Nuestra editorial me envió de directora a la sucursal de París. Y tú, ¿qué haces? No he visto ningún libro tuyo.

Bart bajó la cabeza. Aunque la voz de Mildred era cordial, le pareció que envolvían un reproche.

—Ven a cenar a casa y hablaremos cuanto gustes—propuso él sin responder directamente a la pregunta.

Se separaron con la promesa de volverse a encontrar después. El director había salido a recibirla y después de cambiarse los saludos, cuando se hallaron en el despacho del jefe, éste le preguntó si conocía a Bert Carter.

—¡Ya lo creo! Bert fué mi primera y única ilusión. Una buena chica le conquistó y lo hizo su esposo. Bert era una brillante promesa de escritor y se quedó en escribiente. No me lo explico.

Al concluir la jornada se encontraron. Entonces pudieron hablar más reposadamente. Ella lo encontró más viejo y, sobre todo, observó que su carácter se había vuelto taciturno.

—Antes eras un muchacho alegre.

—En cambio tú sigues siendo la misma, con una ventaja en tu favor: que has embellecido. En cuanto a tu carácter, es el mismo de siempre: apacible, seguro, reposado. Yo estoy seguro que no has variado en nada: tu sonrisa de ahora, es la misma sonrisa de hace diez años.

—Hablemos de ti, Bert. ¿Por qué no seguiste escribiendo?

Bert se encogió de hombros. Después respondió.

—Por cinco razones que voy a mostrarte. Y sacó la cartera, poniendo ante los ojos atónitos de Mildred una fotografía en la que aparecían sus cinco hijos.

—¡Cinco hijos ya! — exclamó ella asombrada.

—No olvides que hace diez años que me casé con Peggy. Además, estos dos, son gemelos. ¡Una delicia!

Hubo una pausa. El coche de Mildred, en el cual iban, les llevaba, a través de las silenciosas calles de un suburbio al hogar de Bert.

—Estas—dijo él con triste sonrisa—son las únicas obras que he podido crear. Yo bien hubiese querido seguir escribiendo, crear las bellas obras de la inteligencia en que había puesto todas mis ilusiones... pero son cinco bocas, cinco pares de calzado cada mes, cinco diablillos que cada día traen más gastos y la literatura no nos daba para vivir. Soy un vencido, Mildred, y aunque al reconocerlo sienta cierta amargura, me considero feliz porque mi vida, con la buena Peggy y mis cinco hijos, es un encanto.

Mientras tanto, en casa de Bert, los cinco diablillos recibían instrucciones de Peggy.

Si ha habido una mujer valerosa, sencilla, alegre para el trabajo, cariñosa para con su marido y sus hijos, esa es Peggy, símbolo

del hada familiar que proporciona a los suyos amor y felicidad.

Los niños, como de costumbre, escandalizaban:

—¡Si seguís así os hago acostar! — dijo ella.

Venían de jugar al fútbol. ¡Y cómo venían! Con los zapatitos manchados de barro, con los pantalones destrozados, con la cara sucia y el pelo revuelto.

—¡Ya podéis ir a lavaros en seguida! Papá me ha dicho por teléfono que esta noche vendrá a cenar con una amiga. ¿Queréis que esa señora os vea así como unos pordioseros? Ven tú, Johnnie, ¿quién te ha hecho este agujero en los pantalones?

Y cogió al niño más pequeño de la prole y le empezó a coser el roto.

—¿Es pariente nuestra la señora que trae papá esta noche?—preguntó uno de los niños.

—No: parienta, no; amiga.

—¿Amiga tuya, también? — interrogó el benjamín.

—Amiga de papá y mía: ya lo dije.

Cuando acabó de coser los pantalones de Johnnie, le hizo sentar en un sillón y le dijo:

—Ahora sentadito hasta que venga papá.

Papá y la señora que con él venía, no tardaron en llegar. Cuando Bart traspuso



— Se vé que nací para ser madre.

la puerta, todos los chicos se arrojaron sobre él y lo derribaron en tierra.

—Una bienvenida estilo Carter—dijo Peggy a Mildred, mientras trataba de separar a los niños que se habían arrojado sobre el padre.

—Digna de verse, por cierto—aseguró Mildred, encantada de aquella escena familiar.

—Son unos diablos, Mildred: yo te lo aseguro. No nos dejan vivir.

La recién llegada cogió al más pequeño y lo puso encima de una mesa.

—¡Es saladísimo!

Los niños no se sentían cohibidos por la presencia de una persona extraña y Peggy no tuvo más remedio que llamar a la muchacha para que se los llevara.

—Lleve a los niños a la cama.

Pór fin quedaron tranquilos. Pero aún, durante la cena, llegaban hasta ellos las voces de los pequeñines desde el fondo de la casa.

—¿Qué te parece Mildred? ¡Dirigiendo nuestra casa de París! Quiere leer mi novela terminada novela.

—¿Y vas a quedarte ya en Nueva York definitivamente?

—Si fuera por mi gusto... Pero hago falta en París. ¿Sabes, Peggy, que me asombró el saberte con cinco hijos?

—Se ve que nací para ser madre—contesto Peggy.

—No todas tienen esa dicha — respondió Mildred sinceramente.

En esto en los cuartos de los niños se produjo un gran estrépito. Después se hizo el silencio y poco después empezaron a oírse los sollozos del benjamín. Peggy se levantó.

—Seguid y no os preocupéis por mí—dijo. —Yo voy a ver lo que ha pasado.

Hubo una pequeña pausa, después de la cual, Bert dijo con cierta amargura:

—¿Ves?... Los encantos de la familia.

—Cinco hijos... ¡Tú, el adversario del matrimonio!

—Cosas de la vida, Mildred... Si hace diez años me lo hubieran dicho, no lo habría creído.

—¡Y pensar que pude yo ser su madre! ¡Vaya si sois prolíficos!

—¡Y Peggy encantada!

Después de la cena pasaron al salón, donde tomaron café. Bert y Mildred hablaban con gran entusiasmo, mientras que Peggy parecía hallarse aburrida de tanta conversación.

—Recuerda que quiero oír tu novela—dijo Mildred.

—¡Ah, sí; es verdad! Lo que ocurre es que yo no sé dónde la tengo—respondió Bert.

—En tu mesa. Allí no llegan los niños—dijo Peggy.

—Vas a castigarte tú misma — aseguró Bart mientras subía la escalera para ir a su despacho en busca del original.

—¿Lo crees un literato?—preguntó Peggy a su amiga cuando Bart se hubo marchado. Mildred miró a su amiga con asombro. Le parecía imposible que Peggy, la mujer que había convivido con él diez años consecutivos, no hubiese podido darse cuenta de su talento.

—¿Tú no lo crees?—preguntó Mildred a su vez.

Peggy se encogió de hombros como si dijese: "¡Qué sé yo!" Y no respondió.

En tanto, Bart había llegado a su despacho. Hacía algunos días que no había estado en él. Penetró a oscuras y tropezó con un objeto: era un juguete de los niños.

Cuando dió la luz, se encontró ante un espectáculo desagradable. Los muebles estaban en el mayor desorden y sobre la mesa aparecían en la mayor confusión, los más diversos objetos que podían imaginarse. Las gavetas de la mesa habían sido abiertas y los niños se habían apoderado del original, cuyas hojas aparecían revueltas entre las cosas de la mesa. Algunos pliegos habían sido rotos y otros fueron recortados por los niños para construir muñecos.

Bart no pudo reprimir un suspiro de desaliento. No comprendía él cómo Peggy tenía tan en descuido sus cosas, mayormente su novela a la que había profesado tanto cariño. Al mismo tiempo la disculpaba: el cuidado de la casa, las diabluras de los niños, la imposibilidad de ocuparse de todo...

Puso en orden los papeles y volvió al salón.

—Ya me pesa haberte hablado de esta novela—le dijo a Mildred.

—¿Por qué?

—Porque sé que vas a sufrir una gran decepción.

—Esas dudas tuyas, prueban el mérito de tu obra.

—Sólo te leeré un capítulo. Si quieres, te llevas el resto y lees lo que te parezca—dijo él sentándose.

Principió la lectura. Desde las primeras palabras, Mildred escuchaba embelesada; en cambio Peggy estaba distraída y como aburrida. A medida que Bart iba entrando en la lectura, Mildred se mostraba más entusiasmada. El leía lentamente, rubricando con el gesto y las inflecciones de la voz el sentido de las frases. Era una novela de amarga y honda realidad: parecía que Bart la había vivido y sabido captar la esencia de las cosas. El fino espíritu de Mildred descubrió que se hallaba en presencia de un gran escritor. ¡Oh, si él quisiera! Mildred lamentó una vez más, en el curso de aquella jornada, que su amigo hubiese encadenado su vida al rudo y obscuro trabajo para mantener a su prole; estos menesteres ponían plomo a sus alas, quitaban fuego a su inspiración, apartaban su fantasía de las cosas elevadas, noblemente espirituales, para sumirlo en la abyección del prosaísmo cotidiano.

Peggy se había dormido. La forzada inmovilidad la había sumido, poco a poco, en el abismo inconsciente del sueño. Dormía profundamente, respirando fuerte, vencida por el cansancio del trabajo.

Bart hizo una pausa, miró a Mildred y bajó los ojos avergonzados, al propio tiempo que murmuraba:

—¡Pobre Peggy!

De pronto en las habitaciones de arriba, empezó a llorar un niño. Era Johonnie que se había despertado y pedía agua con infantil insistencia.

—¡Mamá! ¡Quiero agua! ¡Quiero agua!

Peggy se sobrecogió. Un trueno no la habría despertado, pero la voz plañidera del niño penetra en el espíritu de una madre por los caminos invisibles y logra despertarla.

—¡Quiero agua! ¡Quiero agua! — seguía gritando el niño.

Peggy se levantó precipitadamente. Al darse cuenta de que se había quedado dormida, se disculpó:

—Perdonad. Hoy ha sido un día terrible.

Bart la vió salir en silencio y cuando ella subía la escalera, arrojó las cuartillas sobre el sofá y dijo:

—¡No puede ser!

Mildred le contempló con pena. Comprendía la lucha de aquel hombre que tanto necesitaba la soledad para su trabajo y que no podía hallarla ni en su propia casa; se imaginó la vida de Bart, atormentada por una vocación intensa, pero que iba consumiéndose sin producir fruto alguno y una honda piedad le aproximaba a él.

Hubo una larga pausa que les sumió a ambos en hondas reflexiones. Por fin ella dijo:

—Bart, ¿ya no te gusta escribir?

—¡Con locura! ¡No haría otra cosa en mi vida!

—¿Qué fué del Bart que yo conocí?

Peggy que regresaba a la sala oyó desde el rellano de la escalera esta pregunta y se quedó parada.

—Se casó...—respondió Bart con amargura—... y se llenó de hijos y de preocupaciones.

Peggy no era celosa: jamás había sentido la menor desconfianza hacia su marido, pero la pregunta de Mildred y la respuesta de su marido, despertaron en ella el resquemor de los celos. Sin embargo, se sobrepuso y su semblante volvió a recobrar la calma habitual y cuando se reunió con ellos, dijo:

—Si hubieras oído al nene... Preguntó por la señora guapa.

—La señora guapa ya se va, Peggy—exclamó Mildred levantándose.

—Debemos vernos con frecuencia, Mildred—dijo Peggy ayudándola a ponerse el abrigo.

—Gracias, Peggy. Hasta otro día. He pasado una velada deliciosa.

—¿No te burlas?

—Te juro que no, Peggy. Las mujeres que

no tenemos un hogar, gozamos en los de nuestros amigos.

Peggy y su marido la acompañaron hasta la puerta.

—Leeré lo que falta antes de acostarme— dijo a Bart al despedirse.

Cuando el coche desapareció por la obscura calle, Bart cerró la puerta. Su mujer le miraba de un modo particular como si tratase de escrutar en su pensamiento, Bart, indiferente empezó a hablar de ella.

—Es extraño que no se haya casado.

—Sí; es extraño—repuso ella—. Quizás no seas tú ajeno a ello.

Bart se encogió de hombros. Ni remotamente había pasado por su mente semejante idea. Cambió la conversación porque la observación de Peggy le desagradó.

—¿Tan pesada es mi novela que te dió sueño?—dijo.

—¡Oh, no! Pero levantarse a las seis y bregar todo el día con niños...—dijo Peggy ruborizándose.

—Sí; cinco chicos son una calamidad—dijo él.

Peggy le dirigió una severa mirada.

—¿Cómo hablas así?—preguntó—. Ya has

dicho esto dos veces, Bart: ¿acaso te duele tenerlos?

—¡Qué desatino!—exclamó Bart con sinceridad—. No los daría por un millón, pero...

—¿Pero qué?...

—Pues que son cinco pares de zapatos cada tres meses... ¡Veinte dólares!

PIDA el CATALOGO de **BIBLIOTECA FILMS"**
 que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
 colecciones de tarjetas postales **LOS DIEZ
 MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
 ARTISTAS MAS SIMPATICOS"**

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Fraseo gratis

II

El reloj de cuco del vestíbulo daba las campanadas de la media noche. El silencio se cernía en torno de la casa.

Con paso menudo y sin que sus pies crugiesen en el entarimado, como una sombra protectora, Peggy fué a dar la última mirada a los niños.

Bart empezó a desnudarse lentamente. El encuentro con Mildred le había hecho impresión: había despertado, de nuevo aquella ilusión que tanto le había costado dominar. ¡Si no fuera por los chicos... por el estorbo de los chicos... podría escribir, darse a conocer en el mundo de las letras, quién sabe si alcanzar la gloria!

Peggy regresó a la alcoba. La contempló en silencio. Sentía haberla disgustado, momentos antes, al hablar de los chicos. ¡Su pobre mujer, a la que amaba tanto, no merecía que le diese un disgusto!

Al pasar por delante de él la atrajo hacia sí y la abrazó.

—¿Estás disgustada?—preguntó.

—No. Déjame—respondió ella, tratando de evadirse.

Bart la retuvo.

—Si no estás disgustada, ¿por qué me esquivas?

Al decir esto aproximó sus labios a los suyos y estampó en ellos un ardiente beso.

—Aparta, Bart — dijo ella dulcemente—. ¡Hay que evitar el sexto par de zapatos!

El se desasíó lentamente y se volvió a la cama.

—Sí; será mejor—dijo.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

¡PRONTO! ¡PRONTO!

EL TENIENTE SEDUCTOR

por Mauricio Chevalier

96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

III

Pocos días después, Bart fué llamado al despacho del gerente.

—Va usted a pasar a otra sección, Carter—dijo mister Bliss—. Hable con miss Bronson y ella le explicará.

Bart supuso que su amiga había influido para que le dieran un ascenso.

—¿Conque tiene usted empezada una novela?—preguntó el gerente—. Si ella, un as de la crítica, la halla buena, debe usted terminarla.

—Muchas gracias, señor Bliss. Yo lo haría, pero me falta tiempo para ello.

La señorita Bronson no fué aquella mañana a la oficina; pero la encargada del teléfono le avisó que Mildred había dejado el encargo de que pasara por su casa.

A la salida del despacho, Bart se encaminó al departamento donde ella se había instalado y le sorprendió agradablemente el lujo en que su amiga vivía.

—¡Estás soberbiamente instalada!—exclamó cuando apareció ella.

—Bart, tienes que terminar tu libro—dijo ella en cuanto le vio.

—Lo intenté durante cinco años y todo fué inútil—replicó él, sonriendo amargamente.

—Siéntate—indicó Mildred—. Siéntate y escucha. Vamos a hablar seriamente de negocios, como dos personas extrañas.

Al decir esto, Mildred se revistió de una gravedad cómica. Bart ocupó un sillón y ella se sentó frente a él.

—Vamos a ver—dijo—. ¿Por qué no escribes?

—Porque es inútil. Tú ya conoces mi casa: con la baraúnda de los chicos es imposible intentar nada serio. Además—añadió con una gravedad que hizo reír a Mildred—, tengo que ayudar a todo. ¡Hasta he lavado pañales! Así se pierde la inspiración y los ánimos.

—Podrías escribir aquí—insinuó Mildred.—No hay niños que te distraigan...

El hizo un gesto de asombro.

—Muy bonito, pero ¿y mi empleo?

—Tu empleo es acabar la novela. Lo desea mister Bliss.

Bart no sabía cómo agradecer a su amiga aquel gran servicio. Su primera impresión, pasada la sorpresa, fué de duda.

—Pero, ¿de veras te ha gustado mi novela?

—Es magnífica, Bart. Tengo la seguridad de que tendrás un gran éxito.

Todo el entusiasmo que por espacio de diez años había permanecido encadenado, parecía que brotaba de nuevo. Bart tuvo la impre-

sión de que Mildred había venido para desatarle las alas.

—No sé cómo podré pagártelo, Mildred.

—Ya me lo tienes pagado, y con creces, Bart. Te debo cuanto soy. Por ti aprendí a amar los libros. Quería imitarte en todo y traté de escribir, pero después se fijó mi vocación: la crítica. De manera que si yo puedo ayudarte, no me deberás nada. Además, lo habrás ganado con tu talento, que es magnífico.

Mildred estaba encantadora. Mentalmente, sin querer, Bart la comparaba con su mujer. Ambas imágenes se superponían. La de Mildred representaba el espíritu, el alma inmaterial y sublime; Peggy representaba la materia, pero ennoblecida y sublimizada también por el alto fin de la maternidad. Ambas mujeres se lo habían dado todo: una, los hijos, el bienestar material de su hogar, el cariño dulce y tierno que le había acompañado en la lucha; la otra, iba a darle la gloria, iba a colmar la sed de sus ambiciones. ¿No debía amarla también?

La voz de la conciencia le gritaba que no. "Tú te debes a tu mujer, a la que te ha dado hijos, a la que ha mantenido caliente el fuego del hogar." Sin embargo, una conciencia más elevada, libre de prejuicios y de conveniencias sociales también la impulsaba hacia Mildred.

Bart estrechó la mano a la mujer generosa

que tan desinteresadamente le había brindado su protección.

—Gracias, Mildred. Tal vez algún día podré pagarte cuanto haces por mí.

—Si insistes en pagarlo de algún modo, acepta lo que te propongo y lucha. Yo tengo fe en ti, Bart. Si puedo vanagloriarme de algo, es que nunca fallo en mis pronósticos. Yo sé que dentro de ti hay un gran escritor. Deja que yo tenga a orgullo el sacarte de la oscuridad. Tu triunfo representará también el de una de mis mayores ilusiones... porque toda la vida había pensado en eso...

—¿Tanta confianza tienes en mí?

—Una fe tan grande, tan fuerte, tan inquebrantable, que aunque tú mismo quisieras, no podrías destruir.

Al día siguiente, Bart empezó a trabajar en su novela. Mildred le había destinado una de sus mejores habitaciones para que trabajase. Había allí flores, libros, pinturas delicadas. Allí, el espíritu podía sumergirse en la niebla de la imaginación y atrapar en ella a los personajes inmatrimales, o engendrarlos a su antojo, para aprisionarlos luego en las cuartillas; allí podía desatarse la ilusión y extender sus alas impalpables e invisibles por los más lejanos países; allí dentro se movían y revolaban las ideas, brotando con prolífica libertad, desatándose como una turbulenta marejada en el cerebro del artista.

Y poco a poco iba perfilándose su obra. Cada día quedaban en las cuartillas los trazos magníficos de su pluma, que era como un pincel que dibujase las figuras perfectas de los personajes y las escenas donde aquellos se movían.

Mildred leía por la noche el trabajo del día, y animaba a Bart infundiéndole valor.

—¡Si no fuera por ti, Mildred, no tendría ánimos para continuar mi obra! Parece que tú me infundes alientos.

Así transcurrieron tres meses y llegó el invierno, con sus lluvias y sus nieves. Algunos días, Bart se había quedado a comer con ella y pasaban unas horas felices, hablando de los futuros éxitos del autor. Bart se imaginaba que todo no era más que una bella ilusión, un sueño que se desvanecería al más leve contacto con la realidad.

A veces le asaltaban escrúpulos por esta nueva vida a que se había hecho. Jamás había abandonado a los suyos. Sabía que sus hijos le esperaban a la hora de acabar el trabajo, para poderse arrojar en sus brazos. No ignoraba que Peggy contaba los minutos. ¡Y mientras era esperado en su casa, él dejaba correr el tiempo en compañía de Mildred!

Sus relaciones eran puramente amistosas. Hablaban de literatura y del libro que él escribía. Raras veces sus conversaciones se des-



—Cena conmigo.

viaban por el terreno personal, porque ambos sabían que era peligroso.

Había entre ellos como un acuerdo tácito que les vedaba hablar de sí mismos. Bart sabía que Mildred le amaba y ella no ignoraba que Bart también la quería. Pero entre ambos se interponía Peggy, silenciosa y resignada y los dos respetaban este recuerdo, reprimiendo los naturales impulsos de sus almas.

Un día, regresó Mildred a su casa más temprano que de costumbre.

—¡Cómo nieva aún!—dijo a la doncella, sacudiéndose los copos que habían caído en su abrigo—. ¿Sigue el señor Carter en el despacho?

—Sí, señorita; no ha salido de él en todo el día.

En efecto, cuando entró Mildred en el despacho, el escritor aprovechaba las últimas claridades del día escribiendo.

—Hoy trabajaste en firme, ¿eh?

—Sí, empecé temprano.

Ella cogió unas cuartillas y las leyó.

—¡Admirable, chico!—dijo.

—¿No te burlas?

—En serio. Esto sale divinamente.

—Gracias a ti, que eres mi musa inspiradora.

Todavía hablaron un rato, hasta que Bart consultó el reloj y exclamó:

—Si quiero tomar el tren de las cinco y media, debo marcharme en seguida.

—Cena conmigo—le propuso ella.

—No; ya resultaría un abuso—replicó él, yéndose hacia el vestíbulo, seguido de ella.

Mientras Bart se ponía el abrigo, Mildred seguía hablando con volubilidad. Después, ella misma le abrigó bien, levantándole el embozo.



—¿Otra vez?

—¡Es que hace un frío horrible!—decía—. ¡Lástima que tengas que marcharte!

Se había quedado a comer allí muchas noches. Eran unas cenas deliciosas, cuyas sobremesas se prolongaban hasta altas horas, hablando de sus temas predilectos. Aquellas noches, Bart regresaba a su casa con el sentimiento del que sabe ha hecho algo indebidamente; Peggy le esperaba sin acostarse y aunque no le decía nada, en su mirada y en su inquietud había algún reproche. Aquellas

noches no podía ver a sus hijos y éstos se iban a la cama lamentándose de la tardanza de papá.

Cuando Bart ya había traspuesto la puerta, ella le atajó:

—¡Ah! Tenía que decirte una cosa.

—Tú dirás, Mildred.

—Una mala noticia, Bart. Me llaman de París.

Esta noticia, inesperada, cambió los propósitos de Bart. Volvió a entrar sin decir palabra, pero en el rostro se reflejaba la inquietud que las palabras de Mildred habían producido.

—Pero tú seguirás tu obra—dijo ella.

—¿Cuándo es la partida?—preguntó Bart.

—Muy pronto. Dentro de unos días.

Hubo una pausa, tras de la cual preguntó Bart:

—¿No me invitabas a cenar contigo?

—Ya puse dos cubiertos—indicó ella sonriendo.

—Entonces me quedo. Voy a avisar a mi esposa.

Bart se desprendió del abrigo y telefoneó a su casa:

—¿Cómo están los niños, Peggy? — preguntó Bart.

—Todos bien. En este momento me están estrujando porque quieren hablar contigo.

—Peggy, esta noche no me esperéis a cenar...

—¿También hoy?—dijo ella, interrumpiéndole con la voz velada.

—Te ruego que comprendas, Peggy...

—Comprendo demasiado...

—Si quieres, acuéstate—dijo él.

Calló Peggy. A través de los hilos del teléfono llegaba hasta Bart el rumor de sus hijos. Los veía arremolinados en torno de la madre, luchando entre sí para apoderarse del teléfono. Después llegó a oídos de Bart, distintamente, la voz aguda de Johnnie, que gritaba:

—Papá, mírame, ¡tengo los pantalones limpios y todo!

Bart colgó el auricular y se quedó mirando a Mildred. Eran dos mundos distintos: aquel que le pertenecía porque él lo había creado y éste que se le abría hacia el porvenir como un camino de gloria. La voz del deber le ordenaba que volviese la mirada hacia el primero; pero la voz del deber era cada vez más apagada y ante sus ojos tenía a Mildred, la escultural, la triunfadora.

IV

Días después, Mildred llegaba con su flamante auto a la morada de su amigo. Era portadora de una gran noticia. Dos días antes, Bart había entregado el libro, y ahora llegaba ella con la respuesta del editor.

La puerta estaba abierta y penetró en la casa. En el vestíbulo se cruzó con uno de los niños, que salía corriendo para reunirse con sus hermanos, que jugaban en un solar próximo.

—¿Dónde está tu mamá?—preguntó ella, tratando de detenerle.

—¡En la cocina!—respondió el niño, huyendo como una flecha.

Mildred se encaminó hacia la cocina y allí encontró a Peggy entre sus cacerolas, cubierta con un basto delantal, pero limpia y dulce como siempre.

—¡Huele a gloria!—exclamó la recién llegada.

—¿Quieres decir que un potaje puede oler a eso?—preguntó Peggy.

—Te felicito, Peggy. El libro de Bart fué aceptado. Yo lo esperaba. Y seguirá escribiendo y se lo editarán todo. Mucho ha traba-

jado, pero verá el fruto. Llegará a la cumbre. ¡Vale tanto!...

Mildred se desbocaba y hablaba con extraña locuacidad al referirse al talento y el éxito de Bart. Contrariamente, Peggy oyó aquella lluvia de elogios sin que se alterase un músculo de su rostro. La escuchó sin pestañear, y cuando Mildred se quedó esperando la contestación de Peggy, ésta la miró fijamente, sin temor y al mismo tiempo sin odio, y dejó caer estas frías palabras:

—¡O tuyo o mío! ¡De las dos, nunca!

Mildred quedó perpleja. No esperaba semejante salida, ni mucho menos creía que Peggy fuera capaz de adoptar aquella actitud serena y digna. "Mi mujer—había dicho Bart alguna vez—lo arregla todo con lágrimas."

—No aguanto más—prosiguió Peggy con resolución—que pase todo el día contigo y sólo venga aquí a cambiarse de ropa. Tú le has dado el triunfo, lo sé...

—¡Le he dado más!—exclamó Mildred con altanería—. ¡He hecho resurgir su talento!

—¡Lo que ha resurgido—dijo Peggy interrumpiéndola—es tu antiguo amor por él!... ¡Pero no será tuyo, como no lo fué antes! Me ganas en encantos, pero olvidas que le he dado cinco hermosos hijos...

Peggy se había transfigurado. Ella, tan sencilla, tan insignificante, se convertía de sú-

bito en una mujer enérgica y resuelta, pronta a defender los derechos de su corazón.

—¡Libros, éxitos!... ¡Nada tomará en su vida el puesto de esos niños!—añadió Peggy.

—¿Y si te engañas, Peggy? —preguntó Mildred.

—El corazón de una madre no se engaña —dijo ella con entereza.

—El tiempo dirá—dijo Mildred, dando media vuelta y marchándose.

Cuando Mildred montaba en su coche y éste emprendía veloz carrera, por el otro lado de la calle llegaba Bart. Reconoció el coche de su amiga e intentó llamarla, pero ya no llegó a tiempo.

Bart llegó a su casa contentísimo. Era portador de la noticia referente a su libro y ardía en deseos de comunicársela a su mujer. Encontró a ésta en el vestíbulo y la abrazó entusiasmado.

—¿Era Mildred quien salía?... Te habrá dicho y...

—Que te publican el libro, ¿no?

—¡Eso! ¡Y aquí tienes el cheque de dos mil dólares!—exclamó Bart poniéndole un papel en la mano.

—¡Basta de inquietudes y de luchas! ¡A otra novela!

Cuando se encontró sola, Peggy contempló con pena el cheque que le había dado su marido, y no veía en él el pago de su obra,



—¿Ni por tus hijos tampoco?

sino el precio a que había vendido su felicidad, la tranquilidad de su hogar y la paz de sus hijos. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y estuvo a punto de estrujar el papel.

Pero inmediatamente se recobró. No era cuestión de desatar su sentimentalismo en lágrimas estériles; al contrario, tenía que aprestarse para la lucha, para la defensa de sus derechos, que eran los de sus hijos, y, finalmente, reconquistar a su marido a quien Mil-

dred trataba de arrebatarle con su perfume de gloria.

Desde aquel día, Peggy puso manos a la obra, y no tardó en presentársele la primera oportunidad.

Bart estaba a punto de salir con un paquete de pruebas y dijo a Peggy:

—Voy a casa de Mildred a corregir las pruebas de mi libro.

Peggy le atrajo hacia ella dulcemente y le pidió:

—¿Quieres hacer algo por mí?

Su voz era suplicante, insinuada. Bart creyó que iba a pedirle alguna trivialidad y dijo:

—¿Qué quieres pedirme?

—Trabaja en casa.

Bart arrugó el entrecejo. Peggy pedía más de lo que en realidad podía pedirle. Trató de hacerle comprender la imposibilidad de quedarse a trabajar en casa. Los niños le distraían; el despacho era una habitación angosta, en la que apenas había luz y ninguna comodidad. Allí no trabajaba a gusto. Los niños siempre andaban moviendo estrépito por toda la casa y le ponían nervioso.

—¡Hazlo por mí, Bart, yo te lo suplico!

—No puede ser Peggy. No trabajaría a gusto.

—¿Ni por tus hijos tampoco? Anda, Bart: te lo pido por ellos...

—¿Pero qué capricho es éste, Peggy?

—¡Si vieras cómo he arreglado tu cuarto! He puesto unas cortinas nuevas a la ventana. La mesa está colocada de forma que no te falte luz... Estoy segura de que trabajarás a gusto.

—No insistas, Peggy—dijo él impaciente.

—Ese desván... y los niños gritando... ¿No comprendes qué así no se puede trabajar?

—Hoy callarán, te lo prometo. ¡No te dejaré marchar, Bart! Recuerda que antes me complacías en todo lo que te pedía. ¡Cómo te has vuelto Bart!

No tuvo más remedio que resignarse y acceder al capricho de ella, y dócilmente marchó a su despacho.

En tanto, Peggy, alegre por su pequeño triunfo, llamó a los niños y les reunió en el vestíbulo, para pedirles con toda solemnidad que no molestasen a papá.

—Oídme bien: papá trabaja y hay que estar muy calladitos.

Los chicos se alborotaron al enterarse de que Bart se quedaba en casa.

—¡Silencio, os digo! Ahora mismo cenaréis en silencio y después os iréis a la cama sin mover ruido. Tener en cuenta que si papá os oye, se marchará a trabajar fuera de casa y yo no quiero.

—¡Yo tampoco!

—¡Yo tampoco!

—¡Yo tampoco!— gritaron a su vez los cinco muchachos.

—¡Silencio!—volvió a decir la madre haciendo gestos de impaciencia—. Tú, Margaret, lava a Johnnie...

Johnnie quería oponerse a que le lavaran y no tenía otra forma de protesta mejor que el llanto. La madre tuvo que pactar con él, ofreciéndole una bolsa de cacahuetses si callaba. El niño accedió, pero imponiendo una condición inadmisibles: la de comérselos antes de la cena.

—¡Eso no, Johnnie! Los cacahuetses serán para después de cenar—ordenó Peggy.

Por fin transigió el muchacho, comprendiendo que no podía llevar más adelante sus exigencias y dejó la bolsa sobre la mesita del teléfono.

Jenny, la criada, se los llevó arriba para lavarles las manos. Pero era un caso tan insólito el de que papá se quedase a trabajar en casa, que los niños estaban exaltados. En cuanto ella se marchó para preparar la cena, los niños se pusieron a conspirar animadamente.

—¿Vamos a ver lo que hace papá?—propuso Dicky, que era el más resuelto de todos.

—Mamá te reñirá si subes—dijo Danny.

—No se lo digáis. Yo iré a ver si papá

está escribiendo y os lo vendré a decir—indicó Dicky.

Pero Danny, su hermano gemelo, no se resignó y quiso acompañarle.

Subieron de puntillas la pina escalera que conducía al despacho de Bart y Dicky se puso de puntillas a mirar por el ojo de la cerradura. El espectáculo que se ofreció a sus ojos no podía ser más insólito y pintoresco. Su papá trabajaba de la manera más extraña del mundo: poniéndose un lápiz en la barbilla y manteniéndolo en equilibrio.

—¿Qué hace? — preguntó Danny impaciente—. Déjame mirar un poco.

Dicky le cedió el puesto. Danny se abonó en él y Dicky lo quiso apartar de un manotazo, pero el que usufructuaba el agujero le dio un empujón, y Dicky cayó rodando por la escalera con gran estrépito, y quedó tendido en el pasillo, sollozando amargamente.

Acudieron todos los de la casa. Peggy, consternada, lo cogió en brazos y lo consoló con dulces palabras. Bart se asomó al rellano del despacho, con el ceño fruncido.

—No llores, Danny, alma mía—decía Peggy tratando de acallarlo.

—No soy Danny—exclamó el otro—. Soy Dicky.

Tan grande era el parecido de los gemelos, que siempre los confundían.

—Bien, Dicky—añadió Peggy sonriendo

con amargura. Los hombres como tú, no lloran. ¡Pobrecito Dicky!

Bart bajó malhumorado. Peggy no osaba mirarlo, sintiéndose en el fondo causante de todo.

El escritor, sin exteriorizar su nerviosidad con palabras, paseaba por el vestíbulo, dando pruebas de impaciencia. En una de sus vueltas, vió la bolsa de cacahuets que Johnnie había dejado para comerse después, y la abrió, empezando a comérselos uno a uno. El pequeño, que había seguido las extrañas evoluciones de su padre, empezó a hacer pucheritos al ver que su progenitor se comía los cacahuets, y se pegó a las faldas de su madre para protestar:

—¡Papaíto se está comiendo mis cacahuets!

—A la mesa y a ser como Dios manda— dijo la madre.

Los chicos obedecieron. Dicky se había calmado y ya no lloraba. Cada uno ocupó su sitio y Peggy fué a buscar a Bart, que seguía paseando por el vestíbulo, como un león enjaulado y ofendido.

—Bien, Bart, ¿no vienes a comer?

—¿No ves que no quiero comer?— respondió su marido con la boca llena de los cacahuets de Johnnie.

Peggy vió que se aproximaba la tormenta

y quiso conjurarla con docilidad. Agarró a su marido por un brazo y le dijo:

—No te pongas así... Cena y después vuelves a trabajar.

—¡Ya te dije que aquí no se podía trabajar!

Peggy perdió la calma y se quejó amargamente, diciendo que aquello no eran más que pretextos.

—¿Cómo pretextos?— preguntó Bart, parándose en medio de la estancia.

—Echas la culpa a los niños, y lo que tú quieres es ver a Mildred — exclamó Peggy exasperada, exteriorizando, por primera vez en su vida, los celos.

—¿Estás celosa?— preguntó él sonriendo sarcásticamente.

—Dolida, no celosa. Creí que podría retenerte el amor de tus hijos. Ya sé que yo valgo poco para ti, pero al menos creí que respetarías el candor de esos angelitos.

Y al decir esto, atrajo hacia sí al pequeño Johnnie, que iba a buscar su regazo y que la miraba con los ojos brillantes de lágrimas. Ella le oprimió contra su pecho.

—Yo no me caí, mamá... El nene es bueno—gimió Johnnie.

—Lo sé, precioso. ¡Ojalá tuviera doce como tú!

Entonces Bart, dejándose llevar de la ira, escupió en el rostro de Peggy esta frase:

—Pero a condición de que no fuera yo su padre...

Jamás Peggy hubiera esperado una ofensa semejante. Fué tanta la impresión que tuvo que agarrarse al pasamano de la escalera.

—No esperaba esto de ti, Bart—gimió—. Ahora ya sé lo que me toca hacer.

—Haz lo que quieras. Todo me tiene sin cuidado—dijo él, cogiendo el sombrero y saliendo.

¡Cuántos años volvió a su memoria esta frase, despertándole la angustia del arrepentimiento!

Cuando Peggy quedó sola con el niño en brazos, estuvo a punto de dejarse arrebatar por la angustia y llorar, pero el niño la contrajo:

—Anda, mamá... Tú serás mi caballito.

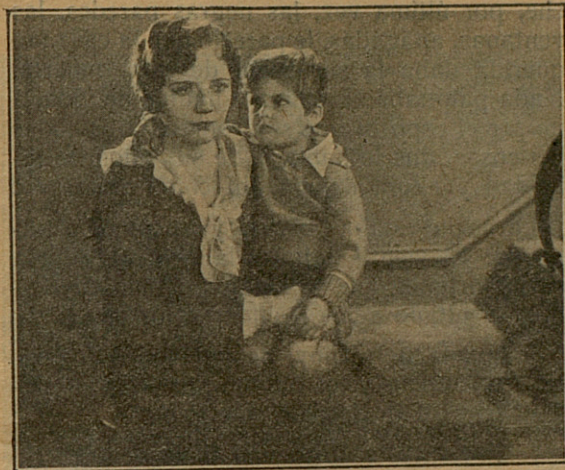
Aun Peggy tuvo que bregar con los niños, que no querían comer porque su padre no venía.

Cuando Jenny sirvió los postres, Peggy le dijo:

—Después de cenar, me ayudará a hacer los equipajes.

Estaba firmemente resuelta a separarse de su marido. Cuando los niños hubieron terminado, ella y la fiel criada hicieron las maletas.

—No os acostéis—dijo a los niños—, porque vamos a salir.



—¡...tú serás mi caballito!

—¿Dónde vamos, mamá?—preguntaron todos a un tiempo, entusiasmados por el insólito sesgo que tomaban las cosas.

—Vamos... de paseo—dijo ella, conteniendo el llanto.

Y aquella misma noche, Peggy abandonó con sus hijos aquella casa tan querida, donde había vivido los días más dichosos de su vida, donde había visto nacer a sus cinco retoños. Al contemplar desde el asiento del co-

che, por última vez, las negras paredes, las ventanas, apagadas, le pareció que la casa tan querida daba la sensación de estar muerta. Nada palpitaba en ella con hálitos de vida, a no ser el espíritu que se desprendía de todas las cosas, que le hablaba de sus años de felicidad y ahora dejaba allí como enterrado.

La noche estaba oscura y amenazaba tormenta. El viento agitaba la oscura silueta de los árboles, que se agitaban como enviándole el último adiós a ella y a los suyos.

Jenny, la fiel Jenny, acomodaba a los niños en el coche y los besaba apasionadamente. Después se despidió de Peggy.

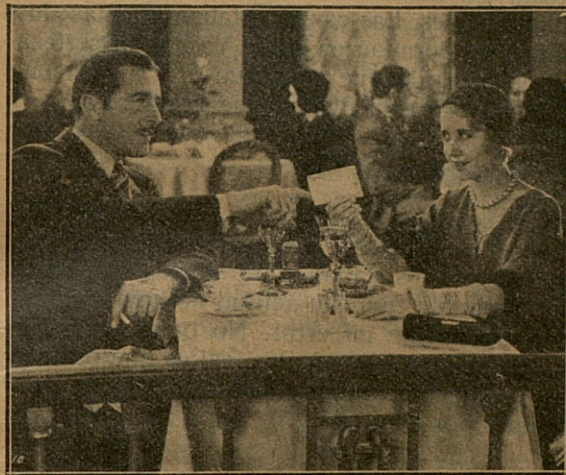
—Si vuelve, señorita, no tome a otra.

—Gracias, Jenny.

Los niños estaban alborozados, impacientes por partir. Rugió el motor y el auto emprendió veloz carrera. Quedáronse atrás la casa querida, los árboles amigos, el barrio que ellos conocían palmo a palmo: quedaban atrás, envueltos por las sombras de la noche. Hacia adelante, había también sombras: un porvenir oscuro e incierto, hacia el cual Peggy conducía a sus hijos con mirada serena y mano firme. ¡Oh, valiente Peggy!

—¿Dónde vamos, mamá?—preguntó uno de los niños.

—Vamos a California.



...hablaban de sus futuros triunfos...

Cuando Bart regresó a su casa, pasada la media noche, encontró la llave en la puerta. Por primera vez en su vida, ya le extrañó, desde la calle, no ver la ventana iluminada, tras de la cual estaba en vela su mujer.

Brotó en su espíritu una sospecha insistente, que él quería desvanecer. Penetró en el vestíbulo y encendió la luz. Llamó en vano a Peggy. Su voz se perdía en el fondo de la

casa, sin hallar eco. Empezó a recorrer las habitaciones. Las camas estaban intactas; los niños no dormían en ellas. Ya con la certeza de lo ocurrido, fué a su cuarto, y allí encontró una carta de Peggy, que decía:

“Querido Bart:

Deseo resolver las cosas a satisfacción de todos. Fuí bastante insensata para creer que nuestros hijos valían para ti más que nada en el mundo; pero tu actitud de hoy demuestra claramente mi error. No quiero que los niños malogren tus éxitos, así es que parto y me los llevo conmigo a California. No te preocupes por ellos...”

Desalentado, con la sensación de que había perdido algo que no podría sustituir de ningún modo, Bart fué a buscar el consuelo de Mildred. La tormenta se había desatado con toda intensidad, pero Bart, abrumado por sus pensamientos, anduvo inconscientemente bajo la lluvia.

Cuando llegó a casa de Mildred, ésta salió a abrirle.

—Peggy se fué y se llevó los chicos—dijo.

—¿Por qué se ha ido?—preguntó Mildred con la mayor extrañeza.

—Protesté contra ellos... y como los adora.

—¿No sabes dónde se ha ido?

—Según su carta, a California. Tiene allí una hermana.

Ella le puso una mano en el hombro y notó que estaba mojado.

—¡Estás empapado! Vas a coger un enfriamiento. Conviene que te acuestes en seguida. Mañana ya resolverás lo que mejor te parezca.

Bart obedeció dócilmente. Sentíase tan abatido, que no tuvo voluntad para nada. Se acostó y se durmió en seguida.

En tanto, el auto de Peggy volaba carretera adelante, bajo la lluvia. Como la salida había sido tan precipitada, no llevaba mucha provisión de gasolina; era un detalle importante que le había pasado por alto. Por fin, el auto se detuvo en medio del camino, faltarle de combustible. Peggy, al principio, creyó desesperarse pero después se resignó y acomodó lo mejor que pudo a los chicos, para que pasaran la noche. Ell también se durmió.

A la mañana siguiente, a los albores de un día claro, cuando los primeros rayos del sol caían oblicuamente sobre el campo, los niños despertaron alborozados.

—¿Esto es California, mamáita?

—¡Dios sabe qué será esto!

—Yo quiero mi desayuno—empezó a pedir Johnnie.

—Hay que ir a buscarlo y no tenemos gasolina.

—¡Caminamos setenta millas, mamá!

—Pues ahora, cuando tomemos gasolina, tendremos que desandarlas y regresar a casa...

Ediciones BIBLIOTHECA FILMS

■ ■	No deje de leer la	■ ■
■ ■	novela más gran-	■ ■
■ ■	de que se ha edita-	■ ■
■ ■	do hasta el día ti-	■ ■
■ ■	==== tulada ====	■ ■
■ ■ ■ ■		■ ■ ■ ■

M (el vampiro de Dusseldorf)

Dirigida por FRITZ LANG

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

V

Bart se levantó repuesto, con los nervios aplacados y entonces habló serenamente con Mildred sobre lo que pensaba hacer.

Consideraron la situación fríamente, como si se tratase de un negocio que había que resolver ¡como si no afectase en nada la vida de cinco seres inocentes!

Acordaron aceptar la determinación de Peggy. Bart no podía, en conciencia, oponerse a la decisión de su mujer, y la aceptaba. Ellos irían a París, y allí Bart encontraría el ambiente y la tranquilidad que buscaba para seguir escribiendo sus novelas.

—¡Diez años esperando este momento!—dijo Mildred, una vez concertado el pacto.

—¡Ahora sé que he perdido—exclamó el escritor, abrazándola con arrebato—. Mi vida te necesita, Mildred.

—Mucho tardaste en saberlo—dijo ella con melancolía—. Si hemos de marchar a París, hemos de disponerlo todo para pasado mañana.

—Pienso en Peggy y los chicos. Debo procurarles medios de vida.

—Igual lo harás desde París.

Después decidieron que Bart iría a recoger sus ropas. Mildred quiso acompañarle.

Cuando el escritor y su amiga llegaron a la casita de los suburbios, Peggy ya se había instalado allí de nuevo. Lo primero que comprobó fué que su marido se había enterado de la carta, y había vuelto a marchar. Acostó a los niños y preparó el desayuno para cuando se levantasen.

Estando en estas faenas, oyó la trepidación de un auto que se paraba frente a su casa y, al asomarse tras las cortinas, vió que era el auto de Mildred. Su marido descendía del coche y ella se quedaba dentro, esperándole.

Cuando Bart penetró en el comedor, se encontró frente a frente con su mujer.

—Te hacía en California—dijo, disimulando su sorpresa.

—Me desorienté por la tormenta, consumí la gasolina y al amanecer me hallé cerca de casa—dijo ella.

—¿Por qué te marchaste?—preguntó Bart.

—Lo sabrás cuando desayunes.

—Ya he desayunado.

Peggy hizo un gesto de comprensión, mezclado con una sonrisa amarga. El trató de explicarse.

—Voy a hablarte francamente.

—No hace falta. La cosa es clara. Yo partí y tú buscaste consuelo en ella... y teníais también que desayunar juntos. ¡Sabías que nos habíamos separado para siempre!

—Eres incomprensiva, Peggy—dijo él, tratando de explicar.

Pero Peggy no quiso escuchar nada ni avenirse a razones. Fríamente, acordaron la separación.

—Haré cuanto pueda por ti y por los chicos—indicó Bart.

—¡Ni por mí ni por ellos!—exclamó Peggy con dignidad—. ¡Les basta su madre!

En este momento empezó a sonar imperiosa la bocina del auto. Mildred estaba impaciente.

—¡Vete, que ella no entre! ¡No podría mirarla! ¡No podría aguantarme!

Bart salió.

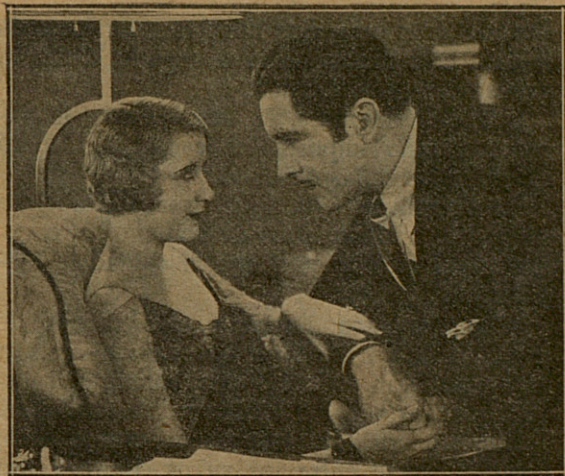
VI

Y, como en las novelas, con esa velocidad que sólo imprime la fantasía en sus obras, transcurrieron diez años.

El tiempo había hecho su trabajo. Los años habían surcado el rostro de Peggy ennobleciéndole; había blanqueado sus cabellos; había dejado en sus ojos una sombra de melancolía infinita. La casita de los arrabales se había cubierto con la pátina del tiempo: los árboles del jardín se habían hecho más frondosos y las primaveras habían hecho brotar muchas flores.

Así como Peggy pasó de la juventud a la senectud, la savia de la vida — de su vida — había reverdecido y se había vigorizado en sus hijos. Los niños se habían convertido en hombres. Margaret, la niña risueña de otros tiempos, se había hecho una mujer y recordaba vagamente a su madre cuando tenía su misma edad.

No solamente había pasado el tiempo sobre aquella casa, sino los sinsabores, la lucha por la existencia, la dura necesidad. Serena y dignamente, Peggy supo llevar el peso de la casa hasta crecer los chicos; se des-



— Mi vida te necesita, Mildred.

veló por ellos, los educó lo mejor que pudo, y ahora recogía el premio de sus desvelos con el cariño de todos, que la adoraban con idolatría.

De aquel hombre que un día la abandonó por otra y abandonó asimismo a sus hijos, le quedaba un amargo recuerdo, pero hacía ya tiempo que lo había perdonado. Se dió cuenta de que Bart era un hombre excepcional, cuyo talento no había podido medrar en el estrecho campo de su hogar. Bart se había

llenado de gloria. Sus novelas eran las más leídas. Ella misma tenía a orgullo el ser la esposa del gran escritor.

Infinidad de veces, él, desde París, le había mandado importantes cantidades; pero ella siempre se las devolvió.

Ahora volvía. Los hijos, que adoraban a su padre, estaban locos de contento, y orgullosos del recibimiento que la ciudad le dispensaba.

Y una mañana, burlando el estruendo de la publicidad, Bart llegó a su casa, donde ya le aguardaban todos. Venía bastante transformado: los años no habían pasado en balde.

Por primera vez, después de tantos años, volvía a verse entre los suyos. Pero, ¿eran realmente suyos aquellos hombres, aquella muchacha espigada, esbelta, que le sonreía con candor? ¿Qué había hecho por ellos, sino engendrarlos?

—Ahí están... Míralos—dijo Peggy con la voz apagada por la emoción.

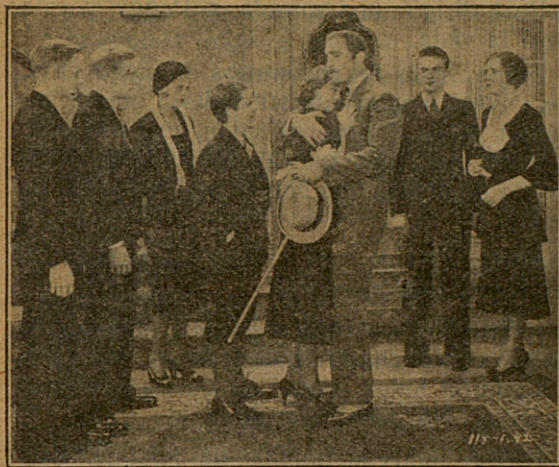
Bart avanzó y se colocó entre ellos. Después los miró uno por uno y fué abrazándolos.

Atrajo al más grande de todos, un hombre—tón casi tan alto como él.

—¡Estás más alto que tu madre!

Después cogió a uno de los gemelos.

—Tú eres Dan—le dijo—. Dick tenía la nariz más corta.



Abrazó a Margaret...

—¡Pues soy Dick!!—exclamó el otro, entre la risa de todos.

En esto avanzó el más pequeño de la prole: el travieso benjamín, que estaba orgulloso de tener un padre célebre.

—¡A mí sí que no me conoces!—dijo resueltamente.

—¡Johnnie!—exclamó Bart.

—Yo no me acordaba de ti, pero mamá te nombraba todos los días—explicó el niño.

Bart dirigió una mirada a Peggy y ésta bajó la vista.

El novelista se encontraba a gusto entre los suyos. A una indicación de la madre subieron todos arriba, al salón, excepto ella, que se tenía que quedar al cuidado de la tienda de modas que había establecido en los bajos.

En la mesa de centro, Bart vio toda la colección de sus novelas.

—Tus libros—explicó Johnnie, que seguía siendo el más charlatán de todos—. Margaret los guarda todos. Mamá no quería que leyera éste... No tiene nada de malo.

Rieron todos la opinión de Johnnie. Este continuó:

—Me gustan más las novelas de cow-boys.

—¿Todo lo que escribes es de tu fantasía?

—preguntó Dicky, y ante un gesto afirmativo de su padre, continuó—: A mí también me gusta escribir.

—¡Si vieras los versos que hace a su novia!—exclamó Johnnie—. Son aleluyas...

Dicky se molestó, pero Johnnie siguió burlándose de él. Después le mostraron un álbum con recortes de periódicos. Bart estaba entusiasmado de Peggy, porque veía que, a pesar de todo, había conservado vivo su recuerdo con los hijos.

—Bien—dijo Bart al cabo—. Esta noche a la comida del Ayuntamiento.

—¿Iré yo?—preguntó Johnnie.

—Naturalmente: iréis todos.

Llamaron a Peggy, y cuando ésta subió, los chicos, a indicación de Dicky, que era hombre razonable y comprensivo, se retiraron todos.

Cuando se quedaron solos, ambos sentíanse algo embarazados. Iban a reanudar el diálogo roto hacía diez años, y Bart no sabía qué decir, porque en realidad se sentía culpable.

—¡Diez años sin veros! ¡Están hermosos! Pero, dime, ¿por qué devolviste todos los giros?

—Quizá por orgullo. Sabes que siempre fui muy tenaz.

—Sé que siempre fuiste una santa—exclamó Bart con entusiasmo—. Yo creí que habías renegado hasta de mi nombre. Imagínate, pues, lo que sentí cuando recibí tu carta llamándome.

—Lo hice por tus hijos. Debían conocer al padre a quien admiran.

—¡Tú sí que eres una madre admirable! Serás la protagonista de mi próxima novela.

—¿Vino... Mildred contigo?—preguntó la esposa.

Bart arrugó el entrecejo y entenebrecióse su mirada. Dijo que sí con la cabeza.

Por la noche, todos excepto Peggy, fueron al banquete que el Ayuntamiento ofrecía al escritor. Los chicos llegaron a su casa entusiasmados y dieron a su madre todos los pormenores de la fiesta, excepto acerca de la mujer que acompañaba a su padre.

Al día siguiente volvió Bart a su casa. En unas horas había conquistado a sus hijos y les expuso grandes proyectos respecto a su porvenir. Los muchachos estaban entusiasmados y le decían a Peggy:

—A mí quiere llevarme a estudiar a París.

—Y a mí piensa dirigirme él mismo.

—Por lo pronto, nos tendrá en París un mes.

—¡Yo también quiero ir!—exclamó Johnnie.

Peggy se rebeló.

—¡No, tú no irás! ¡No quiero quedarme sola!

Pero cuando le dijeron a Bart que su madre se oponía a que Johnnie también fuese a París, Bart dijo:

—¿Y por qué no puede venir él?

Peggy bajó la cabeza y no contestó. Pero cuando se halló a solas con su marido, le preguntó:

—Pero, ¿por qué eres tan cruel conmigo, Bart? Has venido a llevarte a mis hijos. Yo luché por ellos, sufrí por ellos, mientras que tú corrías tras la celebridad. ¡Y hoy que están criados gracias a mis sacrificios, quieres quitármelos, deslumbrándolos con tu fama y tu opulencia! ¡Pero no te los llevarás!

Bart comprendió toda la razón de Peggy.

—Ni lo intentaré, si tú no quieres—dijo.

—¡Son míos! ¡Les di toda mi vida!—prosiguió ella.

Bart bajó la cabeza anonadado; ella tenía razón. La entrada de Dicky cortó el diálogo. Se marchó Bart y entonces Dicky, que había oído lo que dijo su madre, le habló así:

—No tienes razón, mamá; papá no pretende separarnos de ti. Sólo aspira a que triunfemos en la vida, pero si tú te opones a sus deseos...

—¿Quién dijo que yo me opongo?—exclamó Peggy enjugándose las lágrimas—. ¡Os iréis con él; ya lo creo! ¡También yo quiero vuestra dicha!

Y se fueron. Tenían que irse. El padre los iba a guiar por el camino del triunfo. Se apoderaría de ellos y los pondría en condiciones

para ocupar las más brillantes posiciones. Ella los había criado, los había cuidado en las tristes horas de la miseria, se había sacrificado por ellos en las circunstancias más adversas, y ahora, cuando podía recoger el fruto de tantos sinsabores, tenía que seguir sacrificándose como si éste fuera únicamente su sino.

¡Oh, Bart, qué triste influencia habías marcado en la vida de Peggy, cuando aun inconscientemente, cuando querías rehacer el daño que la hiciste elevando a tus hijos a tu altura, la herías a ella en lo más vivo de su corazón!

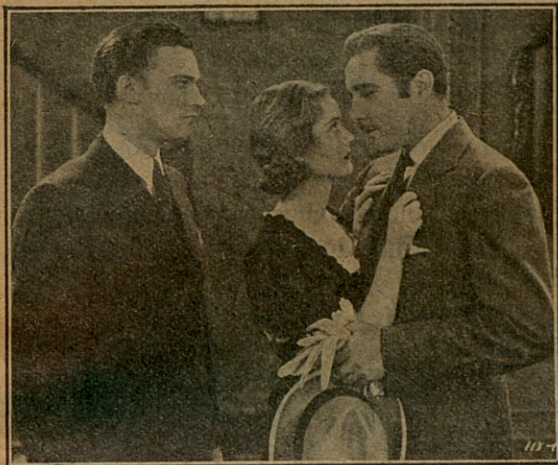
Los chicos marcharon, alborozados, un día muy alegre para ellos; un día muy triste para su pobre madre, que iba a quedarse sola en la casa vacía. Nadie se dió cuenta de que Peggy tenía el corazón deshecho.

Tan alborozados estaban, que ni siquiera quisieron desayunar.

—¡No podéis ir en ayunas!—decía Peggy.

—Alguna vez habíamos de dejarte bizcochos—le replicaron.

La despedida fué triste. Todos lloraban. Ella los animaba con serenidad. Cuando John-



Margaret lloraba...

nie pudo, se escurrió entre los otros para ganar el mejor sitio en el auto.

—Johnnie, ¿te vas sin besar a tu madre?—le dijo ésta, recoviniéndole.

Y luego, mientras lo tenía estrujado en sus brazos, le daba consejos:

—Sé limpio, juicioso aplicado.

—Y tú que eres el mayor, Junior—agregó, dirigiéndose a éste—, cuida de los otros.

Margaret lloraba con gran pena.

—¡Qué tonta! ¿Por qué lloras? ¡Si sólo es un mes!

—¿No lloras tú también?—dijo la muchacha.

Salieron los niños y quedaron solos Bart y su mujer.

—¡Bart, quiérelos mucho!—suplicó ella.

—¡Eres grande, mujer!—dijo él a punto de abrazarla.

Partió el auto y ella los vió ir derramando lágrimas. Cuando el coche se perdió entre una nube de polvo, se dejó caer en la gran mesa del comedor y tristemente empezó a desayunar.

De pronto, alguien la sacó de su ensimismamiento. Era una voz conocida, que parecía surgir del pasado.

—¡Peggy!—había dicho aquella voz.

La aludida se sobrecogió. Volvióse lentamente a Mildred, que se le presentaba como una sombra de aquella otra que años antes le había arrebatado a su marido.

—¿Aun no se fueron?—preguntó Peggy.

—Es que yo iré en el tren. No había en el auto sitio para mí.

Mildred avanzó lentamente y se dejó caer con los codos apoyados sobre la mesa.



—Tú venciste, Peggy...

—Perdí, Peggy... tú has vencido—exclamó Mildred con amargura.

Peggy la miró en silencio, sin comprender. Mildred prosiguió:

—Dijiste que nada tomaría en la vida de Bart el puesto de los chicos, y así fué. ¡Nada lo ha tomado! Siempre pensó en ellos y hoy es feliz. Toda su vida se concentra en sus hijos... ¡en tus hijos, Peggy!

Los ojos de la madre se animaron con un fulgor resplandeciente. Renacía. Era el pasado que volvía para darle la compensación de todos sus dolores, de todos los sinsabores que había pasado.

—Se van alegres, ante el encanto de lo desconocido— prosiguió Mildred—; pero al primer dolor de su corazón, volverán a ti. ¡Son tuyos, Peggy! ¡Nada puede ir contra esto!

Peggy se volvió hacia Mildred y la contempló con piedad. Quizá por primera vez en su vida tuvo conciencia de lo que representaban sus dolores de toda una vida, y de lo poco que valían comparados con aquella afirmación categórica: ¡Son tuyos! ¡Son tuyos!

Y tuvo piedad por Mildred, la mujer estéril, que había pasado por la vida sin dejar un solo hijo que pudiera alegrarla en la vejez. ¿Qué representaba el dinero, el bienestar y todo, si no iba hermanado con la satisfacción de ver el fruto sazonado de los hijos?

—¡Qué no daría yo porque fueran míos!— exclamó Mildred.

Peggy llenó una taza y ofreció el plato de los bizcochos a su amiga de otros tiempos.

—Toma, toma algo.

Mildred se resistía.

—Anda, son exquisitos los bizcochos. Son hechos por mí. ¡Cómo los echarán de menos los niños!

Mildred cogió uno y tomó un bocado. Dos lágrimas cayeron por sus mejillas y se metieron por la comisura de sus labios, en la boca. ¡Eran amargas... amargas!

FIN

CANCIONERO POPULAR

VEINTE canciones de éxito en cada cuaderno

32 páginas de texto **30** céntimos

Núm. 1 Carlos Gardel

en su creación Luces de Buenos Aires y los tangos de más éxito.

Núm. 2 Imperio Argentina

en sus canciones populares

Núm. 3 Jeannette Mac Donald

en El Desfile del Amor y El Rey Vagabundo

Núm. 4 José Mojica

en sus más populares interpretaciones.

Núm. 5 Roberto Rey

en «El Príncipe Gondolero», «Un caballero de frac» y «Un hombre de suerte».

Núm. 6 Blanca Negri - Alady

en sus mejores creaciones.

Núm. 7 Enriqueta Serrano

en «La pura verdad» y en sus creaciones.

Núm. 8 Felisa Galé

en todos los estilos de jotas de su creación.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis



El conflicto

Chino-Japonés

Consta de 8 cuadernos

Portada a todo color - 16 páginas de texto

Reproducción en papel couché de fotografías enviadas por avión

Títulos de los cuadernos:

Núm. 1 **La Mandchuria en llamas**

Núm. 2 **Primeras hostilidades**

Núm. 3 **¿Estallará la caldera?**

Núm. 4 **Bautismo de sangre**

Núm. 5 **La triste jornada de Tsi-Tsi-Kar**

Núm. 6 **Hospital de sangre**

Núm. 7 **Un duelo sobre las nubes**

Núm. 8 **Con los estudiantes de Nanking**

20 cts. cuaderno

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

CALIDAD Y NO CANTIDAD

es lo que ha ofrecido siempre

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

TEMPORADA 1931 - 32

LO MEJOR ES REIR . . .	IMPERIO ARGENTINA
NAUFRAGOS DEL AMOR .	Jeannette MacDonald
UN CAVALLEIRO DE FRAÇ .	ROBERTO REY
EL COMEDIANTE	ERNESTO VILCHES
LUCE DE BUENOS AIRES .	CARLOS GARDEL
LA ARLESIANA	JOSÉ NOGUERO
EL SECRETARIO DE MADAME.	WILLY FORST
ENTRE NOCHE Y DÍA. . .	ELENA D'ALBY
LOS QUE DANZAN. . . .	ANTONIO MORENO
AL ESTE DE BORNEO . .	Charles Bickford

96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Ediciones Biblioteca Films

96 páginas de texto

1 peseta tomo

Profusión de ilustraciones

**Últimos
éxitos
publicados**



Entre noche y día

Novela de intriga y de amor

Elena D'Algy-Alfonso Granada

Al Este de Borneo

Novela de la máxima emoción,
luchas de hombres y fieras y
narración de la truculenta erup-
ción de un volcán

Charles Bickford-Rose Hobart

"M" (el vampiro de Dusseldorf)

Asunto de alta tensión trágica,
que conmoverá a las multitudes

PEDIDOS A

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis